

El Padre Antonio Possevino S. I. en Bayona y San Sebastián. (1565)

por

León Lopetegui, S. I.

La amable invitación de los Amigos del País para participar en el homenaje a D. Julio de Urquijo nos depara la ocasión de dar a conocer a nuestro público un breve texto de cierto personaje del siglo XVI, que puesto accidentalmente en contacto con nuestra tierra, perpetuó años más tarde la impresión recibida como un recuerdo más de la accidentada serie de sus memorias.

El viajero ocasional era el P. Antonio Possevino, de la Compañía de Jesús, incansable apóstol contra los protestantes en toda Francia, aunque de origen italiano, secretario después de la Compañía de Jesús, y más tarde embajador pontificio al servicio de diversos Papas en las más distantes cortes de Europa, y en especial en Suecia, Polonia y Rusia. Escritor nato, aún le sobró tiempo para una serie de obras, después de despachar personalmente una voluminosa correspondencia en razón de sus cargos.

Es un convencido del apostolado de la pluma y se dedicó a él con afán hasta sus últimos días, variado siempre, fervoroso, ameno, impresionista y de espíritu ágil y alerta, que se descubre en cualquiera de sus escritos y se difunde y derrama por sus páginas, ávidamente rebuscadas en nuestros días en archivos y bibliotecas por historiadores nórdico-eslavos.

En el período que queremos recordar, el P. Possevino libraba la gran batalla apostólica de sus años juveniles contra el protestantismo, consiguiendo innumerables victorias. En estas circunstancias, mientras recorría las tierras meridionales de Francia

al servicio de diversos prelados, volvió a brotar la campaña hostil a la Compañía de Jesús de parte de diversos elementos de la Universidad de París, y San Francisco de Borja, Vicario General entonces de la Orden, poco antes de su elección generalicia, creyó muy conveniente aprovechar la presencia de diversos personajes de Francia y España en la ciudad de Bayona, para que Possevino se personara en ella, e intentara ganar la confianza y el apoyo del rey niño de Francia, Carlos IX, y de su madre Catalina de Médicis, por medio de la reina de España, Isabel de Valois, esposa de Felipe II y hermana del rey de Francia, y por medio de los consejeros y personajes de su séquito.

Con este motivo llegó Possevino a la ciudad del Adour, y al mismo tiempo que cumplía religiosamente con su cometido, exploró el campo, observó los movimientos de los protestantes y trabajó contra ellos por medio de la predicación, sacramentos y difusión de buenos libros.

Por lo que hace al carácter de esta revista, el polígrafo y apóstol italiano nos da una rápida referencia de la lengua euskérica de Bayona y de su región, y de los catecismos heréticos escritos en ella, además de diversos detalles sobre aquella magna reunión o asamblea franco-española de Bayona.

Por lo que hace a San Sebastián, es lástima que sus deseos de ceñirse a describir su misión particular de aquellos días no le permitieran un paréntesis descriptivo, o recoger la impresión producida por el paisaje y pueblos guipuzcoanos de la época. De todos modos, conocemos por esas líneas la ocasión y los móviles de su viaje, y las visitas que llevó a cabo en la pequeña ciudad recostada junto al Urgull, que sin ser aún la capital, llevaba de hecho la representación de la provincia ante el extranjero.

Fué también aquella la única ocasión en que Possevino visitó los dominios peninsulares de Felipe II, por más que conocía bien varios de sus Estados de Italia.

Es decir, Possevino visita y conoce dos de los escenarios preferidos de D. Julio de Urquijo: la costa vasco-francesa y San Sebastián, tan ligados a la vida y significado de la Revista Internacional de Estudios Vascos, y su rápida cita no puede menos

de apuntar un dato interesante acerca de su lengua regional y primeras manifestaciones tipográficas.

De este modo, reuniendo a los documentos de nuestros archivos las aportaciones esporádicas de los extraños, podremos ir reconstruyendo la visión histórica del país, que en el siglo XVI comienza a presentar en forma destacada los rasgos que le han caracterizado hasta nuestros días. Entre otras cosas, Possevino asiste a las visitas de personajes regioes y a las conversaciones franco-españolas, que más de una vez habían de repetirse durante los siglos posteriores en los mismos escenarios.

La narración que presentamos está tomada de las memorias del P. Possevino, intituladas «*Annalium Decades*», y una de cuyas copias, con notas y añadiduras del mismo Possevino, se encuentra en el Archivo Romano de la Compañía de Jesús (A.R.S.I.). Estas memorias fueron escritas a ruego de varias personas importantes, entre otras algunos cardenales, para que no se perdiera la noticia de tantos hechos curiosos y extraordinarios llevados a cabo por aquel hombre en las partes más diversas de Europa, ya que podían ser contempladas y descritas en forma panorámica y ligada por el mismo protagonista en la tranquilidad de sus últimos años.

Concretándonos a la reunión de Bayona de 1565, es conocida en la historia, como una obra personal de Catalina de Médicis, ansiosa por diversos motivos de entrevistarse con Felipe II. La astuta regente y guía absoluta de su hijo Carlos IX, procuró durante varios años aquella ocasión, y aunque el yerno no se mostró demasiado favorable al deseo ni se prestó a las maniobras de Catalina, la contentó por fin en 1565 enviándola a su esposa Isabel, hija de la de Médicis, acompañada del Duque de Alba, que debía llevar el peso principal de la negociación en materia religiosa. De parte de Felipe II se trataba de urgir una posición abierta de Francia contra el protestantismo, admitiendo entre otras cosas el Concilio de Trento, recientemente publicado. Debía impedir también a los hugonotes ir a establecer colonias en Norte-

américa a lo largo de las actuales costas de Florida, Georgia y Carolina, como lo habían comenzado a efectuar impulsados por el almirante Coligny.

Aunque Catalina maniobró hábilmente contra la resuelta ofensiva del Duque de Alba, quien por lo demás no quería recurrir a guerras ni persecuciones, y al mismo tiempo trató de combinar ventajosas alianzas matrimoniales con España, su posición con respecto al protestantismo galo quedó influenciado por las entrevistas de Bayona. Con motivo de recibir y despedir a su hija en la frontera, Catalina estuvo en la orilla irunesa del Bidasoa en ambas ocasiones.

Este ambiente aquí descrito, donde la cuestión protestante ocupaba el primer plan, sirve para centrar y comprender mejor la actividad de Possevino durante sus dos meses (Mayo-Julio) de residencia en Bayona. Lástima que no nos concrete más sus entrevistas con el de Alba, que no dejaría de interesarse por la empresa en contra de la herejía, de aquel italiano, que se le había presentado en San Sebastián solicitando su intervención para con los gobernantes franceses, a él que había mandado durante tantos años las fuerzas de Carlos V y de Felipe II en la península del Apenino, y ardía ahora en deseos de enfrentarse con más fruto y efectividad a los que derrotara años atrás en Mühlberg.

Por lo demás, se explica fácilmente el influjo protestante durante aquellos años junto al Pirineo francés, por las tendencias sectarias de la casa real del Bearn y de la Navarra francesa, hasta la conversión de Enrique IV, que algunos años después unió ambas regiones a la corona de San Luis.

Dice así el texto del P. Possevino, traducido del latín familiar y fácil de sus memorias:

«Libro Segundo. Capítulo 10 (1).

(1) Tomado de A.H.S.I. Opera NN. Possevino, *Annalium Decades*.

Possevino es enviado a Aquas Augustas, vulgarmente Bayona, y en España a la Reina de España, y al Rey y Reina de Francia su Madre, para que defendiera a la Compañía residente en París.

Mientras se hacían estas cosas, llegaron cartas de Francisco de Borja, con las que mandaba a Possevino, que cuanto antes partiera para Bayona (2), hacia donde el Rey estaba de camino, en la cual ciudad, situada no lejos de los montes Pirineos, debía hablar la Reina de España con Carlos [IX] Rey de Francia, su hermano, y con la Reina Madre. Y que ésta sería buena ocasión para que nuestras muy vacilantes cosas de París se consolidasen, y para que por medio de la Reina de España, su madre y su hermano fuesen incitados a defender a la Compañía.

Porque le habían escrito a Borja nuestros Padres de Francia y otros prudentes varones, que Possevino sería idóneo para conseguir este efecto.

Este, por su parte, a marchas forzadas (pues así se le había advertido, y urgía la conferencia con las Reinas) llegó primero a Toulouse, a través de la Aquitania invadida por la peste, y allí fué obligado a predicar, sin haberse quitado casi las polainas, por el Cardenal Arzobispo d'Armagnac, en italiano en su palacio, y en francés a él mismo y al senado y pueblo de Toulouse en la catedral.

Viniendo de allá a Bayona, y viendo sin embargo que aún faltaban algunos días para que llegara la Reina de España, escribió por cartas a Araoz (3), entonces Comisario de la Compañía en España, que le enviase cartas, con las que tuviera más fácil entrada a la Reina y a los nobles de España al pasar a esta nación. Y así lo hizo.

Mientras tanto, para no estar ocioso, predicaba en la catedral de Bayona en francés, y venían con frecuencia a oírle los nobles y magnates que habían acompañado al rey Carlos [IX].

(2) En esta ocasión, borra la palabra «Bayonnae», y pone en su lugar «Aguas Augustas».

(3) El P. Antonio de Araoz, natural de Vergara y pariente de San Ignacio de Loyola, gran amigo entonces de Ruy Gómez de Silva y de diversos personajes de la corte.

Recibidas a los 15 días las cartas de Francisco de Ayala (4), embajador del rey de España ante el de Francia, para la Reina y para el Duque de Alba y D. Juan Manrique, que la acompañaban con cuatro Obispos y una gran comitiva, salió de Bayona con Enrique, hermano del rey Carlos, que era enviado con 100 caballeros principales al encuentro de su hermana.

Al día siguiente predicó Possevino y dió la Eucaristía a los que se confesaron allí, a donde se detuvieron Enrique y Guisa a este lado de los Pirineos. El pueblo era grande, junto al Océano, y es llamado por sus habitantes San Juan de Luz (5).

A los dos días pasó los Pirineos y diversos pueblos, y llegó a la ciudad de San Sebastián, que pertenece al país Vasco (6), donde al llegar la Reina de España, recibió benignamente a Possevino, y le prometió su ayuda para con su hermano Carlos.

Tan pronto como volvió Bayona, a esa saber, en medio de los juegos y convites con que fué recibida la Reina de España, mientras se iban preparando los ánimos de los Príncipes (7), que pertenecían al Consejo del Rey Carlos, no se tuvo menos cuenta de aquella oportunidad, que de los negocios de la Compañía.

Porque el mismo cuidado de convertir a Dios las almas, patentemente ejercitado ante la mirada de los Reyes y de tantos altísimos Caballeros, Cardenales y Obispos tanto franceses como españoles, por uno de la Compañía, preparaba magníficamente el camino para que lo oído en el Consejo Real, hallara más crédito en defensa de los negocios de la Compañía.

Y porque el mismo día y hora en que entraba en Bayona la Reina de España, en los mismos día y hora llegaba a la puerta contraria de la ciudad el embajador del Turco, llamado Chiaussio,

(4) El embajador español era Francisco de Alava y no de Ayala.

(5) El manuscrito parece decir Luce o Luca.

(6) Possevino dice, «*quae ad Cantabriam pertinet*», que pertenece a Cantabria. Pero además del significado latino de aquel tiempo, que interpretaba comúnmente Cantabria por Vasconia, o País Vasco, tenemos poco después el otro dato más comprobativo en esta ocasión de llamar Possevino lengua cantábrica, a la que se hablaba en Bayona y era tan difícil, según lo nota él mismo.

(7) El texto dice «*Principium*», que en este caso parece no referirse precisamente a los príncipes de la sangre, sino a los señores o magnates principales.

para espiar aquella conferencia, y juntamente también los calvinistas de Ginebra habían enviado libreros que pusieron a la venta libros heréticos, y principalmente los que los herejes habían escrito contra Possevino en Ginebra, y en los límites de Francia se esparcían por doquier catecismos escritos en vascuence (8) (porque en Bayona y en los pueblos vecinos emplean aquella lengua, muy difícil por lo demás aun para ser explicada, y no sólo para poder imprimirse); se le echó encima un nuevo cuidado a Possevino, por si podría de algún modo detener aquella peste, y prevenir al mismo tiempo que se introdujeran estos libros pestilentes por medio de tanta turba de cortesanos en el reino de España, sano y ortodoxo.

Así pues, Possevino escribiendo cartas al Cardenal d'Armagnac, que se encontraba a cuatro días de camino, le ruega que le envíe inmediatamente y en cantidad cuantos libros franceses contra las herejías y cuantos catecismos pueda encontrar en Toulouse.

D'Armagnac, después de buscarlos y cargarlos a lomo de mulo, muchos ciertamente, los envió con liberalidad y diligencia, los cuales diseminados por todas partes, comenzó Bayona a levantar cabeza y a mirar con más penetración los fundamentos de la fe católica.

Y continuando Possevino en predicar en público, sucedió que el suplicio que se debía dar a cierto malhechor en la plaza pública, delante de muchísima gente y de las comitivas reales, facilitó una ocasión para que, de aquel suceso, se conciliara más estrechamente la gracia del Rey y de las Reinas al nombre de la Compañía para la gloria de Dios».

(Narra el autor, con cierta amplitud este hecho, por tratarse de librar al condenado a muerte de las persuasiones de un predicador hereje que le acompañaba, y después de narrar

(8) El autor dice, «Cantabrice editi cathecismi», catecismos publicados en lengua cántabra, donde fácilmente se ve que se trata del euskera. El paréntesis que le sigue, algo difícil de comprender perfectamente, dice «(nam Bayonae et proximis in oppidis ea utuntur lingua, difficillima caeteroquin quae notis exprimi possit, non modo quae typis proferatur)».

la conversión y confesión del reo, termina el Padre)... «Españoles y franceses se conmovieron de tal modo con la larga confesión y el espectáculo, que les aprovechó mucho para su salvación y para el buen nombre de la Compañía.

Y siendo así que antes había algunos herejes y políticos (9) que hablaban continuamente contra Possevino, señalándole como hombre prófugo, y hablando de que ya iba a ser expulsada la Compañía de Jesús, o ya lo había sido, después de este suceso se callaron totalmente. Mas los principales consejeros del Rey, que favorecían a la Compañía, se alegraron sobremanera, con decisión de no perder aquella ocasión para promover más ardientemente el negocio por el que dije que había venido el Padre».

(9) Dice: «heretici et politici». Es claro que ese «político» se refiere a algunos herejes disimulados o aduladores y logreros que aparentaban otra cosa, y no a los políticos en el sentido actual.